

El futuro de Euzkadi

Eman. Cuadernos vasco-americanos, 1. zk., 1967-01: 22; 21.

Nadie tiene en este mundo el secreto del futuro.

Sin embargo, no hay cosa más fácil que vaticinar; los riesgos (si vienen) llegan después, cuando se le oponen los hechos; pero ya es tarde y no hacen daño.

Por otra parte, las hipótesis son siempre parciales, interesadas.

Quiero decir que cada uno se imagina el futuro de acuerdo con el esquema de pensamiento que le es familiar (¡no hay otro!), a través de sus ideas sobre las cosas, las gentes, a través de sus sentimientos, a través de la información que ha venido recibiendo (que siempre es selectiva) y a través de sus deseos.

Yo, por ejemplo, no puedo imaginarme ahora, cuando se me ha pedido una opinión acerca de la Euzkadi de mañana, un futuro adverso. Soy capaz de imaginármelo, claro es; pero la adversidad definitiva para mi pueblo y, por tanto, para mí, en un futuro previsible o imaginable no pasa de ser una imagen irreal, descartable, como una alternativa posible que se puede evitar. En cambio, todo lo que es positivo para mi pueblo en un futuro próximo me parece fácil de imaginar y fácil de hacerlo realidad.

¿Cómo voy a imaginarme a Euzkadi, a mi pueblo, sino vivo, lleno de futuro?

Y (pretensión del hombre) creo que hay razones objetivas y muy fundadas para que esas promesas de que veo lleno el futuro de Euzkadi se conviertan en realidad.

Y he aquí, lo más resumido que puedo, por qué.

El mundo está en plena crisis de desarrollo. A la palabra *crisis* le han ido, a fuerza de repetirla, vaciando de tripas y sesos. Pero sigue, a pesar de eso, llena de contenido. El mundo está en una fase de crisis muy aguda, en la que se están declarando en quiebra muchos valores del hombre. Y en esta lucha, a veces indirecta y sorda, otras veces frontal y atronadora, están cayendo todos los días conceptos que ya no son válidos para la medida del hombre de hoy.

Uno de los conceptos que está ya en descrédito y que irá muriendo poco a poco es el del *Estado* tal como lo hemos heredado nosotros.

El hombre llegó al Estado político después de una evolución larga y le ha servido (aprendiz de brujo) para organizar un mundo según sus intereses y conveniencias y, hay que ser justo, según la inercia imprevisible; pero ya está resultando esta empresa demasiado grane para ser manipulada según los intereses de déspotas endiosados o de clan o de palacio o de alcoba, que es como decir que ya el Estado actual resulta anticuado, estrecho y, sobre todo, está resultando (según los modernos conceptos socio-políticos) *injusto*.

El Estado político que hemos heredado es casi siempre una consecuencia de políticas en las que más que el hombre, más que el pueblo, que constituyen la medida humana natural y permanente, han contado los intereses personales y las apetencias de dominio y

las demás combinaciones de las que han estado ausente en la historia los hombres y los pueblos.

Esta crisis del Estado es evidente e irreversible.

Lo que ha de venir a llenar este vacío se ajustará a las nuevas leyes económicas del planeamiento y de la eficiencia; de la eficiencia productiva y, sobre todo, de la distributiva, que constituye una medida humana muy desatendida hasta ahora. Y también entrará, como siempre, la inercia y el cálculo egoísta de los manipuladores que toquen a suerte, o a desgracia, a la humanidad. Pero es evidente en nuestro tiempo el signo de la justicia, la tendencia a buscar algo que esté a la medida del hombre y de los grupos que sobrevivan con una cohesión humana natural.

El hombre de hoy está buscando angustiosamente crear un mundo a la medida de su ser.

Porque el hombre, que se ha agigantado por su capacidad de desplazarse, de producir bienes materiales, de curar sus enfermedades, sigue siendo el enano de siempre en su capacidad de sentir y de querer. El hombre de hoy, aunque sea capaz de recorrer distancias, de mover pesos, de fabricar cosas, de curar enfermedades, no es más capaz de querer y de sentir que un hombre de hace dos mil años. Por eso que necesitamos del Cristo.

Y está tratando de escapar de la inercia que ha generado en su mundo la máquina.

El hombre sigue todavía, y seguirá seguramente por muchos cientos de años más, apegado a una familia. El hombre es, naturalmente, más capaz de querer afectuosamente a las personas a que está ligado por la sangre, el trato y el afecto que a aquellas que no conoce ni ha tratado nunca; el hombre no es capaz de querer íntimamente a un millón de personas, aunque se las hayan puesto bruscamente delante mediante la televisión y la prensa o los viajes.

Estas limitaciones, que forman parte de la condición natural del hombre, influyen decisivamente para que trate de conservar, a pesar de los muchos cambios, el sentido de su medida. Y así como en lo económico el hombre va en camino de incorporarse a módulos cada vez más grandes, en lo humano, en lo afectivo, el hombre busca conservar el vínculo natural que le queda después del derrumbe de ese armatoste ya inútil que es el Estado, y le quedará el pueblo natural (que puede coincidir a veces con el Estado), con su lengua, con sus vínculos de cultura, de costumbres, como un módulo humano natural, más justo, que le viene a la medida y con el que puede equilibrar las consecuencias de la medida económica y otros fenómenos sociales ya irreversibles que tiene que ir asimilando. Esto no quiere decir que el hombre vaya a regresar al nacionalismo mezquino de otras épocas, sino que se trata de reivindicar el módulo del amor natural por lo que es propio, y que engrane con los demás módulos mediante el respeto mutuo a lo que cada uno es por su naturaleza y por el cultivo natural. Que irá cambiando con el tiempo, claro es, con tendencia a la fusión; pero el proceso será lento y tiene que producirse, no por la fuerza, sino por el respeto.

Y aquí tiene Euzkadi su lugar y su porvenir.

Claro es, siempre que no nos dejemos destruir antes de establecer ese nuevo orden, como pretenden los trasnochados nostálgicos de los viejos Estados, y siempre que

sepamos trabajar con las herramientas modernas que nos permitan incorporarnos al mundo como lo que somos.

Porque creo en la justicia, creo en el futuro de mi pueblo.